

## **Dios, el divino Brahman**

La mente humana encuentra una gran limitación cuando trata de describir al Indescriptible, al Inefable, a Dios. Toda descripción de experiencia espiritual adolece de esta dificultad. Primero, porque le resulta imposible definir, con total fidelidad, lo que ha vivido mucho más allá del dominio propio de la mente. Después, porque el lenguaje humano, creación de esa mente limitada, está facultado para comunicar las cosas de aquí y pierde su vigor y eficacia para las cosas de Allí, que no son “de este mundo”. Por último, porque toda vivencia mística es experiencia parcial del Absoluto inabarcable.

Quizás entre seres supramentales, investidos del poder de la gnosis divina, el lenguaje primordial sea el Silencio y el conocimiento espiritual sea transmitido directamente de mente a mente, de alma a alma, sin necesidad de ser constreñido en ninguna fórmula lingüística. Entonces, el lenguaje ordinario quedaría para la comunicación de lo espiritual a seres menos desarrollados y para el desenvolvimiento en la vida práctica, y, en cualquier caso, una evolución supramental podría traer consigo el surgimiento de un lenguaje propio. Esto son solamente especulaciones. Y no pueden ser más que esto porque nadie ha hollado las cimas más altas de la evolución a las que el ser humano está destinado y, por eso, nadie ha podido dar testimonio de ello. En efecto, ninguno de los grandes seres, de los grandes avatares, tampoco aquellos que se nos han presentado como la encarnación del propio Dios han alcanzado el máximo de la evolución humana, o lo que es lo mismo, el máximo de su divinización<sup>1</sup>. Pues, en virtud de esta divinización, no únicamente la mente, sino todo el ser, incluido el cuerpo físico, deberían ser divinizados. Con arreglo a esto, quedaría trascendida la propia muerte y el humano divinizado hallaría su propia inmortalidad. Quedan sin responder, porque ningún mortal ha realizado tanto, cómo sería un cuerpo transformado en sus células, cómo la magnitud del poder de utilización de la energía vital y cómo el conocimiento de una mente totalmente divinizada.<sup>2</sup>

Es el limitado desarrollo de la mente humana el que dificulta concebir la Totalidad. Y, pese a que la experiencia espiritual desborda el límite de la mente (pues en ella pueden intervenir todas las facultades psicológicas, sensoriales, emocionales..., tanto las superficiales y patentes como las subliminales y ocultas, así como las propias experiencias supramentales) sigue siendo inferior a la Totalidad que busca poseer el yogui.

Por ser inabarcable el Todo-Dios, el humano, para intentar po-

---

<sup>1</sup> El propio Sri Aurobindo, en su inmensa grandeza yóguica, declara que es un ser sobremental parcialmente supramentalizado.

<sup>2</sup> Sri Aurobindo habla profusamente de la supramentalización del ser humano en la Síntesis del Yoga y en La Vida Divina, abordando en profundidad la transformación que conlleva el proceso, aunque entendemos que no entra en contradicción con lo que aquí afirmamos.

seerlo, ha hecho de alguno de sus aspectos parciales un todo. Ha entronizado a un Dios personal, frecuentemente a costa de arrinconar o ignorar su impersonalidad. De esta manera el alma humana se convierte en hija del Padre, discípula del Maestro, conducida por el Guía, amparada por el Protector, confidente del Amigo, y sobre todo -la más íntima e intensa relación entre Dios y el humano- en amante del Amado. Así el humano ha aprovechado todas sus facultades psicológicas, sensoriales, emotivas... para unirse íntimamente a Dios; ha descubierto al Dios-Amor por medio del Padre, del Maestro, del Guía, del Protector, del Amigo, del Compañero, del Amado..., y al ser poseído por Éste, él mismo se ha divinizado. El amante humano ha conocido el Amor divino y este conocimiento, esta mística unión lo ha divinizado.

En la relación con el Divino personal tiene para mi especial relevancia la del siervo con el Amo. Es enternecedor ese humilde y fiel criado que espera con su lámpara encendida la llegada de su Amo, según el relato de S. Lucas en el evangelio. No me lo imagino quejándose por su tardanza, pidiéndole explicaciones, haciéndole ver el perjuicio que para él supone tener que esperar hasta altas horas de la noche. Este criado es silencio y gratitud porque se le permite servir a quien tanto ama: es el acto de amor de la autoofrenda al Amo. En la vida cotidiana la relación amo-siervo está sustentada sobre el poder jerárquico del uno sobre el otro. Esa jerarquía -económica, social, etc.- obliga al siervo a servir al amo, al que queda permanentemente subordinado mientras dure la relación de dominio. Muy al contrario, nuestro buen criado queda, no subordinado, sino unido al amo, y por esa unión divinizado, es grande en la grandeza de aquel a quien sirve, poderoso por su poder, sabio por su sabiduría; queda así superado el abismo que separa a ambos. Tanto es así que el Amo lo hará sentar a su mesa y él mismo le servirá (Lucas 12, 35-38). Pasa de ser siervo a ser amante, porque el servicio es la expresión natural del amor que le profesa, al que el Amo responde ofreciéndose y entregándose a él con su Conocimiento, Poder y Amor.

Pero, por una tendencia excesivamente personalizadora y escasa de sentido espiritual, la mente ha proyectado sobre Dios los aspectos propios de su personalidad, haciendo del Él un humano superior, de forma que lo ha concebido como el dios de la ira; el puntilloso contable de las obras de nuestra vida; el juez cruel y vengativo, que, investido con la toga de la justicia divina, condena a un infierno eterno; el del temor; el ofendido o entristecido por los pecados de nuestra imperfección que él mismo ha creado o consentido; el eternamente sufriente, que, con su sufrimiento, intenta conmovier al pecador para su arrepentimiento...; en definitiva el que, aun siendo omnipotente y omnisciente, adolece de las emociones que perturban al humano y merman su poder y conocimiento.

De este modo, el humano ha construido un dios a su imagen y

semejanza y, además, le ha conferido un sentido utilitario, en consonancia con el valor dominante de la vida materialista en la que las cosas valen en función de la utilidad que tienen: es el poder divino al servicio del humano. Según esto, asistimos a dos facciones en conflicto; una pide a su dios, que le traiga la victoria sobre el enemigo, el cual, a su vez, ha pedido lo mismo al mismo dios. O se le pide prosperidad, trabajo, estabilidad, protección para nosotros y los nuestros. O superar una enfermedad, aprobar una oposición, prometiendo como trueque, en justo pago, peregrinar descalzo o de rodillas hasta tal o cual santuario, o cosas todavía más peregrinas. Generalmente no se le pide “Hazme tu instrumento para que pueda manifestar tu grandeza, amor, poder, consciencia...” O “Dame salud o la necesaria prosperidad para poder ser tu instrumento”. O “Provéeme de la adversidad y dificultad necesarias para que pueda crecer y perfeccionarme para poder expresarte con mayor intensidad”, sino que se pretende hacer de él un agente polivalente que nos garantice las condiciones para vivir con la mayor comodidad posible, ignorando que el Divino puede mostrar su protección y amor permitiendo que la vida exprese aquello que nos incomoda y desagrada, porque son las circunstancias más aprovechables para evolucionar, tal como expresa Sri Aurobindo: “Golpéame y sabré que me amas”.<sup>3</sup>

Propias de la relación personal con Dios son la oración y la petición. Orar es el acto de establecer, de variadas formas, una relación con Aquel a quien va dirigida; es un ligamento por el que el humano se une al Divino. Por lo general, se identifica orar con “hablar” con Dios y esta oración se realiza mediante fórmulas ya establecidas o por la propia expresión personal. No obstante, existen posibilidades para orar más allá de la palabra. En una visión amplia, una oración sería cualquier pensamiento, sentimiento, sensación, emoción o acto que propicie la relación con Dios. El humano ora y se diviniza cuando se liga al Divino con su pensamiento, con un sentimiento de adoración o amor, con la sensación de su Presencia, con cualquier emoción espiritual, con toda actividad que se realice como ofrecimiento a Él. Cualquier facultad humana puede y debe ser utilizada para tender ese puente, esa escalera que trasciende la limitación de la consciencia ordinaria del humano.

La petición, que podría considerarse un modo de oración, resulta también imprescindible. Implica, de manera todavía más patente que en la oración, un reconocimiento de la grandeza de Aquel<sup>4</sup> a quien solicitamos; una subordinación respecto a Él, que nos lleva a una rendición ante

---

<sup>3</sup> “Aquel que desee alcanzar un alto nivel espiritual debe pasar por pruebas y exámenes sin fin. Sin embargo, la mayoría de los hombres sólo ansían sobornar al examinador.” Pensamientos y Aforismos. Sri Aurobindo. Fundación Sri Aurobindo de Barcelona. Año 2002

<sup>4</sup> “Aquel” puede ser el Divino en sí o a alguna de sus manifestaciones o aspectos: al Divino como Fuerza (Sakti), como Señor del universo (Isvara), por ejemplo. Pero también puede dirigirse seres superiores de los planos vitales, psíquicos, sobrementales que pueden ayudarnos.

Él: una aceptación de su Poder. Además, despliega un escalera de ascenso por el que la consciencia trata de elevarse hasta el Divino e, igualmente, requiere de la apertura de la mente y del corazón para que se de la conjunción divino y humano, indispensable para recibir lo solicitado.

La cuestión más difícil es discernir qué y para qué se debe pedir. En el qué, de hecho, podría haber todo, si el propósito para el que se pide es correcto. Ahí, la dificultad asoma por la continua intromisión del ego, que lo tiñe todo de interés propio en todos los propósitos y actos espirituales. Apartado este, la petición buscará conseguir todo lo necesario -material o espiritual, individual o colectivo- para servir al Divino, realizar su obra y favorecer su manifestación en uno mismo y en el mundo. Un indicativo de la corrección de la petición es la pureza de la aspiración espiritual individual, porque la petición irá en consonancia con aquella realización espiritual a la que el ser aspira y, por ello, tendrá que ver con las condiciones necesarias para que tal realización pueda efectuarse.

Otro factor de importancia es la fe con la que se realiza la petición. Ésta fe es la seguridad de que todo lo que se solicite para el servicio al Divino y su manifestación será atendido, ahora o más tarde, en la manera que esperamos o de la forma en que esa Consciencia superior crea más adecuada.

También es importante saber interpretar la acción divina en la respuesta a una petición, es decir, ser conscientes de que tal respuesta puede ser el establecimiento de condiciones, la aportación de conocimiento y fuerza para que lo pedido pueda ser realizado por nosotros mismos. Si alguien pide trabajo y se queda esperando en la cama, es presumible que nadie venga a ofrecérselo. Sin embargo, como contestación a su plegaria, puede recibir un conocimiento inspirado y una fuerza suficientes para obtenerlo. A este hilo viene el chiste de aquel naufrago, en su isla desierta, que pide a Dios ser socorrido para no perecer. Al cabo de un tiempo pasa por allí un barco que le ofrece ayuda, a la que él se niega por no hacer un feo a Dios, a quien directamente le había demandado ayuda. Transcurrido un tiempo, y ya a punto de morir, se queja amargamente e increpa a Dios por no haberle asistido, a lo que éste responde que ya le había enviado el barco que él rechazó.

Hasta las circunstancias que representan una dificultad o las condiciones que nuestra ignorancia interpreta como negativas podrían ser la forma que toma la contestación divina a nuestra plegaria, para provocar en nosotros, no que desistamos de aquello que necesitamos, sino que nos obliguemos a desarrollar, todavía con más fuerza, las facultades y poderes necesarios para obtenerlo, forzándonos así a crecer. A la vista queda que ésta no es la manera en la que el ego espera obtener respuesta, pero el sadhaka sincero y juicioso enseguida comprenderá que la contestación a su requerimiento puede presentarse de manera patente, u

oculta en su aparente negación.

A la necesidad de la petición cabría objetar que Dios, omnisciente, omnipotente y todo bondad, sabe, a cada momento, de la necesidad del humano y le proveerá, sabiamente, de todo lo que él necesite para que el plan divino se realice, por lo cual la petición sobraría. Esto es verdad, pues nada puede zafarse, ni expresarse al margen del Conocimiento y el Poder divinos. Pero ese Poder omnipotente se ha autolimitado en las leyes que rigen la evolución del universo y, en éste, la evolución humana. Esta autolimitación es necesaria porque el universo es el campo de lo finito y relativo encaminado al Infinito y Absoluto, por lo cual, las leyes que lo gobiernan necesariamente tienen que ser una autolimitación de ese Poder infinito, que, por evolución, se va convirtiendo en una progresiva manifestación de ese Poder infinito. En un solo instante el Poder podría divinizar al ser humano, pero, sometido a un proceso evolutivo, el humano está obligado a caminar lentamente y con dificultad hacia su perfección. Esta evolución en el humano puede ser pasiva o activa. Pasiva, cuando es el poder de la Naturaleza el que fuerza la evolución del ser humano, aun siendo éste inconsciente de ello. La activa es el trabajo consciente de autorrealización que algunos seres humanos practican para acelerar, intensificar y condensar, en poco tiempo, la evolución que, con una actitud pasiva e inconsciente, les habría llevado varias o muchas vidas. Todos los actos de este trabajo de autorrealización -yoga- requieren de una participación individual consciente. Ésta es la clave por la que la petición es necesaria. No es la Voluntad divina la que se impone activa e inmediatamente sobre el humano obligándolo brutalmente a su divinización, sino que se requiere que la voluntad consciente y activa del humano se oriente y se abra a la Voluntad divina para que ésta realice su trabajo en él. Dios, salvo en casos extraordinarios, no quiebra la voluntad humana, sino que trata de acercarla a Él: siempre es Él el que actúa, sosteniendo y atraiéndolo todo hacia sí, pero autolimitado por las condiciones que Él mismo ha establecido para garantizar el devenir evolutivo del universo y del ser humano en él.

De todo esto concluimos que la evolución consciente del humano necesita de su participación activa; que las leyes de la evolución son el marco en el que se expresa la Voluntad divina; que la ley principal para la evolución humana es la ley del karma, según la cual cada acto humano tiene una consecuencia positiva o negativa atendiendo a la cualidad del acto, y por la que la evolución espiritual habida en una vida anterior es transferida a la presente; que, por todo esto, para la autorrealización es imprescindible el trabajo individual.

La petición reconoce el Poder y se abre a Él y facilita, de este modo, una vía de descenso de la acción divina sobre el ser humano. De hecho, tendrá su respuesta toda actitud humana abierta sinceramente al



autoconocimiento y dispuesta a conocer Aquello que supera su capacidad actual de comprensión. Atendiendo a esto, la aspiración y búsqueda espiritual sincera ya son una manera, imprescindible, de asentar la base de una relación con lo superior, y siempre tendrán una respuesta. En los primeros momentos de aproximación espiritual no importa demasiado si se cree en Dios, siempre que se esté sinceramente dispuesto a descubrir la Verdad de la existencia individual, universal y trascendente: quien aspira y busca conocimiento, lo obtendrá; quien realización, la conseguirá. Si la oración y la petición extienden un puente directo hasta Dios, la aspiración y la búsqueda son los pilares que lo soportan.

El descenso del Conocimiento y de la Fuerza transformadora son el movimiento determinante del yoga, y solamente él puede divinizar al humano, pero éste debe buscar, aspirar, pedir y trabajar para esa transformación. El descenso de esa Fuerza supramental debe encontrar el terreno abonado para su acción. Sobre esto hay quienes creen que todo está realizado por los maestros y que el Supramental vendrá como un vendaval envolviéndolo y transformándolo todo, que basta con tener buenos sentimientos para que todo suceda. Olvidan o no quieren ver que la Voluntad divina impone a la humana la necesidad de conquistar, con esfuerzo y dificultad, cada realización, porque la satisfacción del esfuerzo y de la conquista es la humilde precursora del gozoso Ananda, que es la última cumbre del yoga y el término más elevado de la perfección. Cada esfuerzo acrecienta la voluntad y cada dificultad contribuirá a hacerla invencible, puesto que la obligará a unirse a la Voluntad por cuyo poder, únicamente por Él, todas las dificultades son superadas. Dios nos seduce con la experiencia espiritual; con la adversidad nos atrae brutalmente hacia Él.

Hasta ahora hemos visto la relación con el Divino personal, una relación que, de maneras diferentes, siempre concluye en el amor unitivo entre el humano y el divino. Este yoga del Amor Divino *-Bakti Yoga-* requiere que quien lo practica *-bakta-* movilice todas sus facultades psicológicas y emotivo-afectivas y que éstas sean dirigidas exclusivamente al Divino, de tal modo que cualquier otro amor será percibido y vivido en relación a ese Amor y subordinado a él. Como en todas las líneas de yoga que sean practicadas a fondo, en el Bakti yoga el bakta debe intentar volcarse, todo él, en la auto-ofrenda de su ser al Divino, que es la ofrenda del amante al Amado. Un espíritu de entrega que vendría reflejada en la expresión bíblica que Sri Aurobindo pone como referencia de la actitud del practicante (sadhaka) *"Mi celo por el Señor me consume"*<sup>5</sup>.

Sin embargo, la vehemencia devocional que no procede del alma espiritual, siempre serena, es fácilmente tomada por el ego excluyente que confronta con el que no siente igual que él o, sencillamente no sien-

---

<sup>5</sup> 1 Reyes 19:10

te, o percibe a Dios de modo distinto. Esta devoción, carente de conocimiento y de verdadera vivencia espiritual, ha propiciado las guerras de religión, los anatemas y excomuniones, las inquisiciones y sus inhumanas torturas y ejecuciones; unida al poder político, ha matado y asolado tierras para mayor gloria de dios, de su dios, del único dios verdadero; por sentirse única poseedora de la verdad, la religión ha intentado siempre imponer esa verdad sobre las costumbres y comportamientos sociales, sin tener en cuenta que una verdad impuesta es una verdad muerta.

Estas actitudes de las religiones han contribuido al descrédito de Dios, dado que el único Dios al que la gente ha podido acceder es ese Dios maltratado y desfigurado, inhumano incluso, que sus vehementes representantes y defensores han presentado. Muchos han aceptado sumisamente la doctrina transmitida, no haciendo caso a las contradicciones a las que su razón o su ética pudiera someterles; otros muchos han repudiado a Dios porque no han podido separar a Dios de quienes, declarándose sus fieles, lo manipulaban, o porque no pudieron ver otro rostro de Dios, más puro y verdadero. Así ha resultado que las religiones, por lo menos en un occidente muy racional, han acabado incentivando el escepticismo espiritual y el ateísmo.

Contra esto se argumenta que en el seno de las religiones han florecido grandes santos y místicos. Esto es verdad, pero esos grandes seres espirituales, por su propio karma, habrían llegado a ser grandes almas en cualquier religión o fuera de ellas: destinadas a ser flor habrían florecido en las vastas llanuras quemantes del desierto o en la selva profunda, húmeda y umbría. Además, la cuestión no es cuantos han podido canalizar su espiritualidad, a pesar de la religión o por su mérito, sino cuantas almas han retardado su progreso por su demérito.

A la dificultad para creer en Dios que supone el mal ejemplo de las instituciones religiosas, hay que añadir las grandes lagunas de las doctrinas espirituales en su visión del ser humano, el universo y Dios, que son los tres grandes elementos de la Existencia. Las religiones no han acertado a relacionar suficientemente al ser humano con los otros dos y viceversa. El mundo es el enemigo del alma o una portentosa ilusión de la que hay que librarse para alcanzar la feliz plenitud anhelada en un Más Allá, Cielo o Nirvana. Entonces el escéptico se pregunta cómo el Poder de un Dios nos ha puesto en él, donde la maldad y el egoísmo tantas veces triunfan; o por qué tenemos que desapegarnos de todo deseo y placer mundano cuando es el propio Dios, en su omnipotencia, quien los ha creado o los consiente; o por qué para alcanzar la felicidad tenemos que transitar por este valle de lágrimas, sorteando dificultades como si fuéramos ratones en un laberinto en busca del premio final; o por qué no ha creado un mundo perfecto pleno de la felicidad anhelada; o cómo permitió que el mundo perfecto del jardín del Edén se malograra de manera

tan estúpida; o qué justicia hay en que la estupidez de nuestros progenitores nos condenase a un pecado original que es sufrimiento y muerte.

Pero las objeciones del escéptico pueden ir más allá y preguntar en qué se parece el humano a Dios, si éste ha sido creado a Su imagen y semejanza; o qué crueldad poseyó al Todobondad y Todoamor para abandonar a su criatura al sufrimiento del que Él, el Todoperfecto, está libre; o, de la misma manera, cómo el Todobello ha permitido tanta fealdad en el humano y en el mundo; o cómo es que el infinito poder de la Verdad y del Amor ha creado un mundo de falsedad y egoísmo abandonando al humano en él.

En la mente del escéptico cabrían muchas más objeciones y una sola conclusión: Dios no existe, porque nada en este mundo tan imperfecto acredita con suficiencia su existencia; o, visto desde otro ángulo, llegaríamos a la misma conclusión, ya que no puede existir una Perfección cuya obra sea tan imperfecta.

En descargo de las religiones hay que decir que cualquiera que fuera su exposición doctrinal no habría sido suficiente ante una mente escéptica o incrédula, cuando ésta se enroca en su soberbia ignorante y se niega a abrirse a la posibilidad de llegar a conocer lo que ahora le es desconocido. Dicho de otro modo, tiene que haber algo en el ser racional que le impulse a transgredir los límites de la lógica de la razón humana para adentrarse en la lógica suprarracional de lo divino.

Si el cristianismo preconiza que todo lo que existe ha sido creado por Dios, no sabe explicar que función tiene el universo en el encuentro entre el humano y Dios, ya que tal encuentro debe ser el único objetivo del ser espiritual. Porque no puede ser que el universo, y el mundo en él, sea sólo una prueba, el enemigo (junto al demonio y la carne) de los que el alma tendrá que desasirse para abrazar a Dios. Si no tienen otra función se antoja desmesurado el esfuerzo divino de crearlos. También proclama que Dios ha creado el universo de la nada y al humano en él a su imagen y semejanza, sin aclarar cómo puede surgir de la nada algo semejante a Dios; y menos explica en qué consiste el parecido divino del humano, cómo puede uno percibir en él mismo tal semejanza. La existencia del mal es otro "misterio" no resuelto, a no ser lo cubramos de un brochazo con la polivalente brocha del pecado.

No es insignificante la cuestión, puesto que si no hay un proceso de unión entre Dios y el humano y entre el humano y Dios, se crea un abismo insalvable entre ambos. Este abismo es solventado por el cristianismo en la figura de Cristo, Dios-Hijo, enviado por el Padre para salvar a una humanidad presa del pecado consentido por Él mismo, ya que no puede haber nada sin el consentimiento de Su omnipotencia. El poderoso símbolo de esta salvación es la cruz, cuyo palo vertical podría indicar la unión de lo humano y lo divino, y su palo horizontal el abrazo de Dios a



la humanidad entera. Esta es una imagen poderosa de gran efectividad psicológica, emocional y espiritual, y ha resultado necesaria porque no había una realidad que pudiera cubrir la insalvable sima entre Creador y criatura.

Dios no crea el universo de la nada. En sentido estricto ni siquiera crea, lo mismo que el sol no crea sus lenguas de fuego, sino que surgen de su poder calorífico o sus rayos de luz de su poder lumínico. Si consideramos a Dios como una Existencia-Consciencia-Fuerza, toda la creación tiene que ser su devenir,<sup>6</sup> o sea, formaciones de su propia Consciencia-Fuerza, existencias de su propia Existencia. Si esto fuera así, todos los seres, desde la piedra al humano, estarían conformados por esa misma Consciencia, serían una formación de su Fuerza; todos, por ello, poseerían ese núcleo esencial de consciencia, esa chispa divina en ellos. La gran diferencia entre la piedra y el humano es que en el humano mental el poder de consciencia es expresivo y activo: puede expresar consciencia y, en la medida del desarrollo de cada individuo, es consciente de sí mismo, de sus poderes y posibilidades evolutivas; y también en él esta consciencia es fuerza: voluntad de hacer, de ser y de llegar a ser... En la piedra esta consciencia está confinada en la oscura inconsciencia de la materia; inconsciencia que no es sino ausencia de manifestación de la consciencia. Todo es energía de esa Fuerza, en la materia, concentrada y muda; por encima de la materia, dinámica y expresiva. La diferencia entre la materia y el humano es evolutiva.

Aquí entramos en la manera en que se ha producido este movimiento desde la Fuerza original a las existencias del universo que surgen de esa Fuerza primigenia. Hay una involución, un descenso desde la Consciencia plena hasta la Inconsciencia de la Materia, un oscurecimiento de la Luz hasta la oscuridad de la Materia; una autolimitación del Infinito en las formas finitas, del Eterno en lo temporal, del Absoluto en lo relativo, de la Fuerza total universal en limitada fuerza de las existencias universales particulares; una degradación del Conocimiento hasta la ciega ignorancia material... Sin embargo, el Infinito, el Absoluto, el Eterno... siguen siéndolo, es decir, esa Existencia-Consciencia-Fuerza-Gozo-Beatitude no padece menoscabo alguno en la progresiva autolimitación de su descenso ni el despliegue de energía formativo que posibilitará la evolución posterior.

Es en este descenso donde van surgiendo los diversos planos de Mente universal, Vida universal y Materia, que es el plano que conocemos porque nuestra vida se desarrolla en él. La evolución es, pues, el

---

<sup>6</sup> Ya hemos explicado anteriormente que la alternativa a esta posibilidad de surgimiento del universo es que su origen sea un portentoso Azar, causa de todo lo existente y causa también de su infinita renovación de formas y del mantenimiento de la armonía que rige las relaciones los infinitos elementos que lo conforman. Desde este punto de vista es más racional creer en Dios que en el Azar.

surgir de la Vida sobre la Materia y de la Mente sobre la Vida porque el principio de Vida ya está latente en la Materia y el principio de Mente en la Vida, ya que los tres principios -físico, vital y mental, son principios de la Consciencia-Una descendida hasta la Materia. Desde el plano de Vida universal se presiona sobre la Materia para activar el principio de Vida durmiente en ella; el plano de Mente universal presiona sobre la Vida para despertar el principio de mente latente en ella; y sobre el ser humano mental actúa la Supermente para el surgimiento de la gnosis divina en él, el humano divinizado. El plano Supramental de la Supermente es el nexo de unión de la Existencia-Consciencia-Fuerza-Gozo/Beatitud (Sat-Chit-Ananda) con el Cosmos y especialmente con el ser humano, por ser éste el más dúctil, receptivo y expresivo y, por ello el destinado a expresar el mayor grado de divinidad en el universo. Por tanto, la semilla del Divino está ya en el humano y el único abismo existente entre ambos se llama evolución. La semilla no está tocada de imperfección por no poder, todavía, manifestarse como árbol. Es perfecta en su diseño, pero incompleta en su capacidad de manifestación: el abismo entre la semilla y el árbol se llama evolución.

Visto con una mirada evolutiva adquieren algún sentido todos los aspectos “negativos” de la vida como una necesidad del crecimiento evolutivo al que está sometido el ser humano: sin dificultad no puede haber crecimiento ni perfección sin oposición y adversidad. Por otra parte, la maldad humana, que siempre es egoísmo ignorante, debe ser comprendida como la expresión del punto o nivel evolutivo en el que el ser humano y la humanidad, en su conjunto, se encuentran: el humano no puede dar más allá de su desarrollo social, ético y espiritual. Por el poder coercitivo de la ley o de la ética el individuo puede reprimir o modular sus apetencias y su egoísmo en beneficio del bien social, y esto le hace humano; quien ofrece al otro su trabajo y solidaridad de manera altruista es un humano superior. Quien sólo atiende a su interés personal, a la estricta satisfacción de su apetencia, falto de atisbo alguno de empatía, es un animal superior, muy superior mentalmente al animal, pero guiado por la ley de la selva. Y así transita el individuo entre el animal y el humano, y solamente algunos pueden conectar con alguna parte de su divinidad esencial, y aún estos, en algún momento o circunstancia pueden quedar degradados en su divinidad y humanidad por sus actos egoístas, ya que la evolución individual y colectiva no es lineal, sino sometida a momentos o épocas de expansión y retracción, aunque el movimiento dominante sea creciente.

Y aunque el individuo pueda ser consciente del mal realizado y de sus consecuencias, sigue ignorando lo esencial, porque no es consciente de su ser de amor, de consciencia y de divinidad y no puede vivir en él y desde él: vive en la consciencia superficial de sus hechos y en la

ignorancia profunda de su ser profundo y esencial; y por ello se afirma que el mal, el pecado, son ignorancia y que la ignorancia es sufrimiento. Y en este sufrimiento Dios no es un consentidor pusilánime del padecimiento humano, sino sujeto activo, no del sufrimiento, sino de la voluntad evolutiva que impulsa al ser humano al constante crecimiento, que es una mayor humanización de su ser y su posterior divinización, en definitiva, que le obliga a hacer del sufrimiento el revulsivo para la búsqueda de la felicidad, del amor, que es el objetivo y el sentido último de la manifestación de Dios en el mundo. Él es el creador y el garante de las leyes evolutivas imprescindibles que han determinado la aparición del ser humano. Él es la suprema esencia y expresión de la Felicidad y el Amor y, por tanto, el universo devenido de Él está destinado a expresar esa misma felicidad y, por eso, el humano busca continuamente la felicidad en la vida, y jamás renunciará a ella.

Pero Él también es sujeto pasivo del mal y del sufrimiento en cada ser, ya que habitando en el humano, confinado en su ignorancia, padece la limitación del conocimiento, que es limitación de amor y felicidad, y es esto a lo que llamamos sufrimiento. Padece la ignorancia y sigue siendo el Eterno Conocedor, sufre el sufrimiento y, ni por un instante, ha dejado de ser Ananda-Gozo-Beatitud. Es humano en el humano, sujeto a sus limitaciones y es el Ilimitado Infinito que, desde dentro del humano y por encima de él, lo divinizará. Estas cosas no se pueden comprender con la lógica humana sin adentrarse, aunque sea un poquito, en la lógica divina.

Pero es oportuno preguntar por qué, en su omnipotencia, no ha creado un mundo perfecto. Cabría responder que un mundo perfecto no puede estar sometido, como lo está el nuestro, a la limitación del tiempo y del espacio, y, por tanto tendría que ser eterno e infinito, no sujeto al nacimiento y a la muerte y que ese o esos mundos ya existirán en otros planos, bajo la aureola y en el dominio de la atmósfera directa del Divino. Tampoco puede ser perfecto un mundo evolutivo, puesto que la perfección es su meta final hacia la que transita por la limitada senda de la imperfección. Tanto es así, que en el universo la mayor imperfección afecta precisamente al ser humano, el más evolucionado y, por tanto, con mayor posibilidad de perfección. Además, la evolución humana se construye sobre la libertad, incluida la ignorante libertad de hacer el mal. Se podría también añadir que el universo que conocemos era una posibilidad de expresión dinámica del Absoluto y que lo fue una posibilidad se realizó.

De todo esto se infiere que el Divino está íntimamente unido al humano, como sujeto activo de su perfección, como sujeto pasivo de su imperfección, como el habitante de su corazón, como la propia sustancia de su ser. La dificultad estriba en que la mente y el corazón humanos están constreñidos por la ignorancia, que es la identificación con el ego,

que vive ajeno al espíritu en él, ignorante de la divinidad en su interior.

Sin embargo, el hombre empieza a romper el corsé del ego, que le separa de sí mismo y de Dios, cuando siente el impulso a descubrirse en la profundidad de su ser, cuando, por alguna sugestión que no comprende, siente la necesidad de encontrar la verdad de su existencia y la Verdad de la Existencia. Es, con la respuesta a este impulso, cuando brota de sí una aspiración serena pero insaciable a beber de la fuente del Conocimiento supremo, la necesidad irrenunciable de ver a Dios cara a cara.<sup>7</sup>

La práctica del yoga es este trabajo consciente de autorrealización en el que el sadhaka, el practicante yóguico, trata de explorar todos los caminos que le conduzcan al conocimiento de su yo inmanente, esencial; de su yo universal y trascendente; de la Trascendencia en él mismo y en todas las expresiones del universo. En el Yoga Integral de Sri Aurobindo y Mirra Alfassa (La Madre) el conocimiento conclusivo es la experiencia de la Realidad-Una presidiendo, habitando, constituyéndolo todo. La Realidad en sí, en su esencia de silencio e inmovilidad, de autoconcentración; y la Realidad-Una dinámica, en el devenir, formando todas las existencias de sí misma, de su propia Existencia, de su Consciencia, de su Energía, de su Amor, para que, en la cumbre evolutiva de su perfección, el humano pueda expresar en esta vida, la Vida Divina<sup>8</sup> beatífica, gozosa, plena y feliz que es la última palabra de Dios en su creación.

Un Dios pasivo, en su eterna inmovilidad inconmovible, eterno silencio, eterna autoconcentración y gozoso disfrute de sí. Un Dios activo, Él mismo propagado en todas las existencias mediante la acción de su Fuerza, el Sostenedor de las armonías, el Constructor de los mundos, el Destructor de los mundos, la Realidad-Una indivisible y, sin embargo, repartida en la infinita multiplicidad; el Conocedor, que establece las leyes de la evolución que garantizarán su voluntad de progresiva manifestación de su propia Divinidad y Consciencia en el universo.

Un Dios personal, el Consentidor del mal y del sufrimiento y el que lo padece íntimamente en el humano; el que permite el Mal como revulsivo evolutivo para agitar el Bien y garantizar su triunfo; el Amado de sus fieles, el Amante, por igual, de los que lo aman y de los que lo niegan; el Valedor de justos y pecadores; el Velador de todas sus criaturas; el Padre, el Guía, el Amigo, siempre justo, pero más allá de la justicia humana; siempre benefactor, aunque el bien otorgado no sea lo que el ego humano espera. Un Dios impersonal, Infinito, Absoluto, Trascendente, Eso, el Todo, pero más allá de toda totalidad, medida y cualidad; Omnipresente, Omnisciente, Omnipotente, pero, sin dejar de ser todo eso, vo-

---

<sup>7</sup> Expresión de Sri Aurobindo en una carta dirigida a su esposa: “Quiero ver a Dios cara a cara”.

<sup>8</sup> “La Vida Divina”, título de la magistral obra de Sri Aurobindo. Editorial Fundación Centro Sri Aurobindo. Barcelona

luntariamente confinado en la ignorancia y debilidad humana; Es la Luz, la Verdad, el Conocimiento; Es el inefable, inconmensurable, indescriptible y, sin embargo, accesible a la experiencia espiritual; es el Más Allá presente Aquí, es el inaccesible y, a la vez, el íntimo habitante de todas las existencias, presente por igual en la hormiga y en la galaxia, en la piedra y en el alma humana.